Alejandro Ramos Folqués

Religiones y cultos antiguos en Elche.

SEPARATA
de la revista
INSTITUTO DE ESTUDIOS
ALICANTINOS
N.° 3

Alejandro Ramos Folqués

Religiones y cultos antiguos de Elche

La enigmática y bella Dama de Elche, al surgir de nuevo a la luz del día el 4 de agosto de 1897 en La Alcudia, avivó los deseos latentes en los arqueólogos de descubrir facetas no conocidas del pasado, y así se expresaron Arturo Engel, Pierre París, Eugenio Albertini y otros.

Este sensacional descubrimiento, fue el anuncio de que La Alcudia encerraba un cúmulo de objetos y noticias del pasado que por su importancia no se darían en otros yacimientos. Estos presentimientos han ido paulatinamente convirtiéndose en realidades que se han manifestado de muy diversas formas y a través de materiales arqueológicos muy diferentes, siendo la base para que hoy podamos conocer la existencia en dicho lugar de los restos de ocho poblados superpuestos como una Troya española.

Como es lógico, los problemas que se presentan al excavar estas enigmáticas ruinas son muchos y de muy diversa índole, siendo uno de los que más preocupan al excavador, el de la religión que se profesaba en cada uno de sus poblados.

De la época ibero púnica ya se conocen representaciones de la diosa cartaginesa Tanit y algunas otras manifestaciones de la religión propia de Cartago. Pero, ¿cómo celebraban su culto? ¿Qué ceremonias comprendía su rito?

Este es el problema que plantea uno de los últimos hallazgos de La Alcudia.

En una habitación rectangular y con piso enlosado, del poblado ibero-púnico, siglos III-I antes de Jesucristo, fueron halladas tres vasijas de características no conocidas hasta ahora.

Una de ellas es un Kernos, incompleto, que tiene por base un tubo circular, sobre el que hay adosados cuatro recipientes de distintas formas por cuyos fondos se comunican con la base circular; otro recipiente en forma de copa, no está comunicado. Se halla decorado como la cerámica ibérica, con aves, peces, liebres, vegetales y un rostro de frente, figura muy representada en los vasos de La Alcudia.

El profesor Beltrán considera a este tipo de vasos como cerámicas destinadas a un uso ritual religioso y quizás funerario cuya relación con las mesas sepulcrales es indiscutible. Estas mesas recibían ofrendas rituales dirigidas a una divinidad, la Gran Madre, protectora de las fuerzas vegetativas. Estas vasijas las considera procedentes del Mediterráneo Oriental, desde Persia, Siria, Troya, Chipre y Creta.

El vaso ahora encontrado tiene un ánfora en posición de verter su contenido sobre una gran vasija, y ello nos hace pensar en la posibilidad de que esta vasija se halle relacionada con el culto del agua fecundadora, la Diosa Madre, simbolizada por el rostro de frente.

Otra de las piezas encontradas tiene una base acompañada sobre la que se eleva el cuerpo de este objeto en el que hay abiertas tres ventanas cuadradas. Entre las ventanas surgen tres altorelieves que representan tres cabezas de ángeles o querubines de graciosas facciones, de factura griega, y debajo de cada uno de ellos hay un agujero redondo.

Todo el exterior de esta pieza se halla pintado de rojo, incluso los rostros de los querubines, los que tienen los ojos pintados de blanco y las niñas de negro, así como el cabello.

La presencia de este objeto cerámico en La Alcudia y en el nivel de la cerámica ibérica figurada es extraño. Lo es por la clase de barro y por su policromía, por la decoración de querubines y por la forma de la pieza.

En cuanto al destino que este objeto pudo tener, hemos de recordar los tubos o cañones de chimenea, con aberturas triangulares encontradas en Ugarit y asimismo, las mesas sepulcrales.

El tercer vaso allí encontrado es también pequeño, de ancha panza y largo cuello, típico ibérico de esta época, decorado en color siena.

Keller, al describir las ruinas de Mari, nos dice que un ala del palacio servía exclusivamente para las ceremonias religiosas. Un largo pasadizo llevaba, a través de muchas salas, al oratorio del palacio en el que se hallaba la imagen de la diosa de la fecundidad que era objeto de culto. Del recipiente que tenía en sus manos manaba sin interrupción el agua eterna portadora de la vida.

¿No será esta habitación de La Alcudia, el lugar del culto a la Diosa Madre, el agua, en el Elche ibero-púnico?

Desde época inmemorial se ha venido haciendo ofrendas a los seres sobrenaturales al objeto de obtener su favor o atenuar su hostilidad. R. Smith en sus conferencias sobre la «Religión de los semitas», llamó la atención sobre la importancia del ágape como medio de establecer un vínculo entre el dios identificado con el alimento sagrado y aquéllos que lo consumen. (1)

El sacrificio forma parte del proceso por el que se da una vida para promover o preservar la vida.

Los sacrificios infantiles son otra manifestación religiosa en La Alcudia de Elche, durante esta época ibero-púnica.

Tarradell (2) nos habla de «Enterramientos infantiles en el interior de habitaciones ibéricas» y nos dice: «En la memoria sobre las excavaciones realizadas recientemente en el poblado laietano del Turó de Can Oliver de Cerdanyola (J. Barberá, R. Pascual, M. Caballé y J. Rovira, **El poblado prerromano del Turó de Can Olivé de Cerdanyola (Barcelona)** en «Ampurias» XXII-XXIII (1960-61), 183-219) los autores señalan esta particularidad en los siguientes términos: «Entre los restos óseos nos llamaron la atención unos recogidos en la habitación 4, los cuales sometimos al análisis del Dr. Fusté, del Laboratorio de An-

tropología de la Universidad de Barcelona, quien los atribuyó a un niño de un año de edad. Posteriormente (...) hemos hallado otros restos análogos, que nos han llevado al convencimiento de que nos encontramos ante un rito del que no teníamos noticia en poblados prerromanos del Levante Español. (...) Todas las inhumaciones aparecieron cerca o en el ángulo noroeste de las habitaciones. Aparte del antes mencionado de la habitación 4, tenemos en la habitación 7 (...) dos inhumaciones de dos niños cuya edad no alcanzaba los tres meses, y en la habitación 8 (...) la inhumación de un niño de algo más de un año. No hay señales evidentes de ajuar funerario, los restos aparecieron en un estrato que corresponde a la fase antigua del segundo período del poblado, o sea, entre el 250 y el 100 antes de Jesucristo».

«No conociendo tampoco referencia de hallazgos similares en otros poblados del área ibérica, nos preocupamos de informarnos sobre si existían paralelos en la zona valenciana, y con motivo de los trabajos que realizamos en el Museo de Alcoy con don Vicente Pascual, director del mismo, para preparar la publicación, en colaboración, del conjunto de terracotas del Santuario de La Serreta, nuestro colega ha tenido la amabilidad de informarnos que en el poblado de La Serreta se dan asimismo enterramientos en condiciones parecidas».

«En efecto, en 1956 se realizó una campaña de excavaciones en el poblado de La Serreta y según nos comunica don Vicente Pascual en dos de las habitaciones excavadas en dicha campaña aparecieron, siempre junto a uno de los ángulos, restos de cráneo infantil, en un nivel ligeramente inferior al piso de las cámaras, evidente vestigio de enterramientos, en ambos casos sin ajuar».

En La Alcudia han sido encontrados también enterramientos infantiles en el interior de habitaciones en el poblado al que asigno una data de fines del III a mediados del I antes de Jesucristo.

Hace años, al excavar una de las casas al Sur del Caminal al Borrocat y O. de la Veleta, encontré una vasija (lám. I), que en su interior contenía el esqueleto de un niño. Tal hallazgo llamó grandemente mi atención, ya que para mí, lo lógico era que dicha sepultura se hallara en la necrópolis y no en el poblado.

En el decurso del tiempo y de los trabajos de excavación, se han repetido varias veces estas clases de hallazgos. Así, al O. del lugar donde fue hallada la Dama de Elche encontré el esqueleto de un niño pequeño cubierto por fragmentos de un ánfora (lám. II).

También en este lugar, pero en otra casa, descubrí una gran olla de barro gris ahumado conteniendo los restos de un niño (lám. III).

Al Oeste de la Veleta, por donde se descubrió una leona ibérica pero en el estrato que denomino ibero-púnico, encontré otro esqueleto de niño en una pequeña vasija, en el piso de la casa, junto a la pared.

A sus lados había sendas ánforas (lám. IV y V) y en la pared, a un metro del suelo, una pequeña hornacina de 30 cms. de alta y 28 cms. de ancha (fig. A).

Las circunstancias de este hallazgo son las que me hicieron pensar que tales sepulturas de niños en vasos cerámicos debían responder a un culto religioso.

También al Oeste del lugar de la Dama fue hallada un ánfora incompleta, de base plana, de 11 cms. de diámetro y la altura de 45 cms. (l. VI).

También cerca de los anteriores y debajo de unas losas del pavimento de la casa, había el esqueleto de un niño (lám. VII).

En esta zona fue hallada otra vasija decorada con triángulos en una zona, que asimismo contenían el esqueleto de otro niño (lám. VIII).

Y en otra ollita de cerámica gris ahumada, había el esqueleto de otro niño (lám. IX).

Giuseppe Ricciotti, (3), en su historia de Israel, nos dice que los cananeos se cuidaban más de los muertos que de los vivos. A la cremación, de la que no tenemos más que un solo ejemplo, le sustituyó en la época de los semitas la inhumación, que se hizo de uso universal en Canaán. Se enterraba en grutas naturales o en hipogeos artificiales en forma de pozos y recubiertos por una bóveda; pero el que no tenía medios para procurarse tales tumbas era enterrado en campo abierto en los «sepulcros del vulgo». El cadáver se colocaba contraído, las ro-

dillas replegadas hasta la barbilla; semejante uso quería, sin duda, recordar la posición del niño en el seno materno, posición que volvía a adoptar al entrar en el seno de la tierra. A veces el cadáver se rodeaba de minúsculos **cromlech.** Casi siempre se hallaba provisto de mobiliario funerario, armas, amuletos, cuchillos (de piedra o de metal), lámparas, vasijas, ornamentos, etc; casi no hay tumba que no esté provista de víveres para el difunto. **Los cadáveres de los niños** se colocaban dentro de jarras de arcilla, rellenas de arena fina y cerradas por un cubilete (lám. X). En Beisán se han encontrado jarras-sarcófagos de la altura media de un hombre, en las cuales una máscara humana con dos bracitos minúsculos cerraba el orificio por donde se introducía el cadáver (época de Ramsés II-III, tipo egipcio).

Se encuentran también cadáveres de adultos o de niños sepultados aisladamente en las casas. Es difícil interpretar siempre estos casos como «Sacrificios de fundación», la Biblia menciona al parecer este uso de enterrar en las casas (I Sam. 25, 1; I Rey, 2, 34).

Por otra parte, teniendo en cuenta el hecho de que todavía hoy es costumbre entre los campesinos egipcios —según dice Macalister— enterrar bajo el pavimento de la casa a los niños que nacen muertos (como con la esperanza de ofrecer a su espíritu, anhelante de vida, la facilidad máxima para volver a entrar en el seno materno), se puede pensar que los cananeos usaron semejante práctica; y de hecho entre los pequeños esqueletos hallados en las casas, hay algunos pertenecientes a fetos.

Las excavaciones han esclarecido y confirmado los datos bíblicos. Los cadáveres infantiles encontrados en el lugar de la «altura» sagrada de Gézer han sido reconocidos, de común acuerdo, como víctimas sacrificatorias; ninguno de ellos proviene de aborto, ni es mayor de una semana; pertenecen indiferentemente a uno y otro sexo; ninguno muestra huellas de mutilación, solamente dos tienen señales de fuego. Sin duda fueron introducidos en las jarras, todavía vivos, y en general con la cabeza hacia abajo, y así fueron sepultados en el lugar sagrado y con fines sagrados. Tal vez eran primogénitos ofrecidos como tales a la divinidad.

Meshá pagaba a Israel un fuerte tributo en ganado menor,

pero se rehusó hacerlo después de la muerte de Achab. Joram comprendió que, para tener venganza, habría sido de mala táctica el atacar a Moab por el norte, en donde el enemigo se hallaba bien defendido por sus fortificaciones y por los barrancos del Arnon, y por donde además existía el peligro de ser atacado por la espalda por la rival Damasco; era preferible atacar por el sur, bordeando el extremo meridional del Mar Muerto; y se emprendió la marcha por estos territorios para subir por el sudeste y penetrar en Moab.

La marcha fue larga y al final se agravó por la falta de agua. El profeta Eliseo, que se hallaba presente, sugirió que se excavaran pozos, que se llenarían de agua. Todavía hoy los habitantes de esta región se procuran agua excavando un poco en la toba; el agua obtenida por este medio es rojiza, y parece que procede, mediante filtraciones, de las altiplanicies de alrededor. Durante este tiempo llegó a Moab la noticia de las dificultades con que tropezaba el ejército invasor; exploradores moabitas, de fantasía desbordada, parece ser que interpretaron el color rojizo apercibido en el campo enemigo como sangre, y pensaron que había tenido lugar una de aquellas luchas entre aliados, tan frecuentes dado el oportunismo de las alianzas orientales. Por esto se atacó el campo enemigo para saquearlo.

Los aliados rechazaron con toda facilidad el desordenado ataque. Y persiguieron a sus enemigos, dándoles caza; y, destrozando literalmente todo el territorio, asediaron la capital Qir-Haresheth (la moderna Kerak; Vulgata, Murifictiles), situada en el centro de Moab. El asedio fue duro. El rey de Moab intentó una salida para abrirse una brecha hasta el rey de Aram, pero no lo logró. Recurrió entonces a un medio supremo que recuerda los usos cananeos y el caso de Jefté: «Tomó a su hijo primogénito, que debía reinar después de él, y lo ofreció en holocausto sobre las murallas (II Re, 3, 27); el holocausto se hizo para propiciarse a Kemosh, el dios tan alabado de la estela, y para que su ira se tornara contra los asaltantes. De hecho, «hubo una ira grande contra Israel, y (los aliados) se volvieron a su país». La «gran ira» es una expresión típica de la Biblia para designar la ira divina, sobre todo la de Yahvé; la noticia aquí podría significar, dicho en otras palabras, que los aliados, después del sacrificio humano consumado por el rey de Moab, o se retiraron espantados o, mejor aún, fueron derrotados por los moabitas a quienes la vista del terrible sacrificio

había infundido el valor que da la desesperación.

Batido en campo abierto, Achaz se encerró en la fortificada Jerusalén, que resistió el ataque de los asediantes. Fue seguramente en algún momento particularmente difícil de la defensa cuando el idólatra Achaz, el descendiente de David, sacrificó en holocausto a su propio hijo, siguiendo la costumbre cananea ya inaugurada por Mesha, y debía tratarse de un niño bien pequeño, pues Achaz tenía sólo 20 años cuando subió al trono. Pero como la carne quemada del niño no espantó esta vez a los sitiadores, Achaz llamó en su ayuda a Tiglathpileser III y acompañó a su llamada con el envío de los tesoros del Templo y del Palacio que databan de la dinastía de David.

La embajada y los tesoros de Achaz hallaron al monarca asirio si no ya en camino, por lo menos dispuesto a intervenir contra los aliados. Su campaña, con arreglo a los documentos asirios, se inició en 734 y duró hasta 732.

Si Achaz hizo un holocausto de su propio hijo fue probablemente para honrar al dios de los ammonitas, Moloch, que recibía el culto de holocaustos humanos.

En tiempo de Manassés, hijo y sucesor de Ezequías, entraron en Judá los dioses de Asiria. Tan buena acogida como éstos tuvieron los dioses cananeos, comprendido el antropófago Moloch; Manasses le ofreció en holocausto su propio hijo, y parece que no fue con ocasión de ninguna desgracia excepcional, sino tan sólo por devoción al dios; en honor suyo se destinó en el Valle de Hinnom un lugar especial, el Tofeth, en donde se celebraba la cremación ritual de niños.

Zenaida A. Ragozín (4), en su historia de Asiria, nos dice que, como era de suponer, las dos ciudades más importantes de los Fenicios se colocaron respectivamente bajo el patronato de las dos grandes deidades nacionales. Sidón tributó culto especialmente a Ashtoreth, invocando Tiro a Moloch. El templo del dios era el orgullo de la isla de Tiro, y corrieron historias ponderando su magnificencia, que casi exceden en extravagancia a las referidas con motivo del suntuoso templo de Bel-Marduk en Babilonia. Heródoto, el celebrado viajero e historiador griego de la quinta centuria antes de Jesucristo, nos cuenta que hizo un viaje expresamente a Tiro para ver dicho templo del cual había oído hablar como de una verdadera maravilla.

El sacrificio de los niños era, en realidad, deber ineludible, pues se les consideraba como un aumento de la riqueza y el poder de la nación. Si el dios exige la primera cría de los animales domésticos, ¿por qué razón han de ser exceptuados los primogénitos del hombre? Esta obligación la hallamos formal e incondicionalmente reconocida entre los hebreos, el único pueblo semita cuyas leyes han llegado íntegras hasta nosotros. He aquí el notable pasaje del Exodo (XXII, 29): «No tardarás en pagar tus diezmos y primicias: me darás el primogénito de tus hijos, y semejantemente harás de tus bueyes y ovejas; siete días estará con su madre y el día octavo me lo darás».

Teniendo en cuenta que la costumbre de sacrificar víctimas, humanas, niños especialmente, fue una verdadera institución en otras razas cananeas y semitas, hay que admitir que en el período primitivo, en los remotos tiempos prehistóricos, las palabras transcritas se entendieron y aplicaron literalmente. Sin embargo, cuando los Judíos aparecen en el estadio histórico del mundo, su concepción de la bondad divina como contrapuesta a la divina dureza, ha avanzado lo bastante para no permitir la bárbara interpretación literal de aquel precepto, y el sacrificio, en lo que se refiere a los primogénitos, no es más que la consagración. Todavía, sin embargo, la significación originaria de la ley precitada, sobrevivió con suficiente energía en la conciencia del pueblo, para obligar a los padres a una especie de rescate que consistía en la ofrenda, poco gravosa aun a las fortunas más modestas, de dos tórtolas o un par de jóvenes pichones.

Una tradición fenicia de que se habla en algunos fragmentos citados por escritores de épocas posteriores y que pertenecen a una obra más extensa de cosmogonía y teogonía, atribuida a un antiguo sacerdote, Sanchoniatho, el cual se cree que vivió hacia el año 1000 antes de Jesucristo. En uno de estos fragmentos se dice, que el mismo Dios supremo, en cierta ocasión en que «un hombre y gran mortalidad sobrevinieron, ofreció en holocausto su propio hijo a su padre del Cielo»; y en otro, se refiere la misma leyenda en forma menos descarnada, poniendo a plena luz el origen del cruelísimo rito: «Fue costumbre entre los antiguos, en tiempos de gran calamidad, para evitar la total ruina el que los jefes de la ciudad o nación sacrificasen a la deidad vengadora al más querido de sus hijos, como precio de la redención; las víctimas destinadas al sacrifi-

cio, eran ofrecidas místicamente; porque el Dios no tenía más que un hijo, y, cuando la terrible calamidad de la guerra afligía a la tierra, adornó el altar, vistió a su hijo los emblemas de la majestad real y lo sacrificó».

Es evidente que la leyenda se inventó para explicar la costumbre y consagrarla con la autoridad divina, sin lo que nunca se habría abierto paso una violación tan monstruosa de las leyes naturales.

Hacia el año 850 antes de Jesucristo, en la guerra entre Israelitas y Moabitas, los primeros, vencedores, destruyeron las ciudades y cegaron los manantiales de sus aguas, cortaron todos los árboles frutales y la ciudad de Kir-Haresheth fue cercada por los honderos y en gran parte derribada. Lo cual, visto por el rey de Moab, tomó consigo 700 hombres que sacaban espada, para forzar el campo del rey de Edom, mas no pudieron. Y arrebatando a su hijo primogénito, que había de reinar en su lugar, ofrecióle en holocausto sobre el muro; y causó una gran indignación en los Israelitas, y en el mismo punto se retiraron de él y se volvieron a su tierra.

De cómo se consumaban los sacrificios humanos nos hace una descripción Ragozin, diciendo: Parece ser que había en Cartago una estatua de Moloch, destinada especialmente a recibir el sacrificio de víctimas humanas abrasadas. Era de altura colosal, toda de bronce y hueca por un lado. Tenía cabeza de toro, por ser el toro el emblema favorito de la fuerza física y, de consiguiente, del principio masculino de la naturaleza, del Soldios bajo su aspecto más formidable. Sus brazos eran de desmesurada longitud, y en sus manos, enormes y abiertas, se depositaban las víctimas, que los brazos, movidos por cadenas y poleas que había detrás, dirigían hacia un agujero que la estatua tenía en el pecho, hasta dejarlas en un horno encendido que flameaba dentro, sobre una parrilla invisible, a través de la cual caían carbones y cenizas, formando un montón que crecía por momentos entre las piernas del coloso. Supónese que los hombres eran antes degollados, pero no hay duda que los niños se depositaban vivos en los hornillos y abrasadas manos. Mientras se preparaba el sacrificio, los gritos de los niños eran contenidos con caricias. Y, por repugnante e increíble que parezca, las madres debían estar presentes y reprimir sus lamentos, sus sollozos, cualquier signo de dolor, porque en otro

caso, además de perder el crédito que se reflejaba en ellas por el gran honor que sus hijos recibían, se exponían a atraer sobre la comunidad la cólera del vengativo dios; pues una ofrenda hecha de mala gana, o una víctima perdonada, eran bastantes para malograr todo el sacrificio y aún empeorar los males que se querían remediar. Así, las madres débiles de espíritu debían ser quemadas sin misericordia, como indignas y poco patriotas. Las flautas y los tambores sonaban sin descanso, tanto para sofocar los gritos de las inocentes víctimas como para alimentar la pública exaltación. La ceremonia se acompañaba sin duda con bailes solemnes, al menos así se hacía en Siria, y se entonaban himnos e invocaciones —según costumbre de Canaán y Fenicia—; estos cantos eran una especie de letanía en que el nombre del dios se repetía a cada instante. Y si los sacerdotes dudaban de la eficacia del sacrificio, debían enaltecerlo derramando su propia sangre.

Del principio de que la divinidad estima tanto más las ofrendas cuanto más preciosas son para su autor, resultó que en los sacrificios nacionales debían elegirse las víctimas de entre las familias más nobles, y cuando algún padre burlaba la ley y se le probaba su falta, el castigo era terrible. En cierta ocasión que los Cartagineses fueron batidos en una batalla importante, cuya pérdida puso en peligro la existencia nacional, se descubrió que algunos ciudadanos pudientes habían contraído la costumbre de comprar y criar niños de humilde extracción, para sustituirlos a los suyos en el acto del sacrificio. Atribuyóse a esta impiedad la cólera del dios, y se ordenó un grande y extraordinario sacrificio nacional, por vía de expiación. Doscientos niños de la clase gobernante y familias más pudientes perecieron, y en cuanto a los padres, algunos autores refieren que 300 de ellos, acusados del sacrílego delito, dieron voluntariamente su propia vida en holocausto.

Estremece el considerar el ancho campo que estas costumbres dejaba libre a los sacerdotes y personas influyentes para vengar agravios de familia y rencores personales.

Nada menos que hasta los tiempos de Tiberio, contemporáneo de Cristo, estuvo en vigor la inexorable práctica en Cartago. Los Romanos, dueños a la sazón del mundo, no se distinguían por la ternura de su corazón. Sin embargo, sorprendiendo una legión romana, en la época precitada, a los sacer-

dotes de Moloch en el momento de llevar a cabo un sacrificio de niños, tales fueron su horror y piedad, que no sólo liberaron a las víctimas aún no inmoladas, sino que colgaron a todos los sacerdotes.

Después, se dio una ley prohibiendo la celebración de este inhumano rito.

En cuanto al tipo de santuario Harden (5) nos informa diciendo que es el recinto de sacrificios o «Tofet».

El recinto de sacrificios o «Tofet», como se le llama según el mencionado en la Biblia, que se hallaba en el valle de los hijos de Hinnom, extramuros de Jerusalem, según dice Harden. Han sido hallados lugares de este tipo en Nora y Motya, y en varios lugares del Norte de Africa, especialmente en Hadrumetum (Sousse), donde Cintas excavó uno con varios estratos que llegaban desde el siglo VI a la época romana. Pero el más importante de todos es el recinto de Tanit, en Salambó (Cartago). Por vez primera se encontró en él suficientes indicios para mostrar de modo concluyente que las antiguas historias de sacrificios infantiles a Moloch eran realmente ciertas, y que el «Tofet» de Jerusalén que Josías mancilló cuando destruían las prácticas idolátricas del reino de Judá, era realmente un lugar en el que un hombre «podría hacer pasar a su hijo o a su hija por el fuego en honor de Moloch». Así queda claro que otros pueblos detestasen a los fenicios por una tal práctica.

«En este amplísimo recinto, todavía sin excavar totalmente, han sido encontradas millares de urnas que contenían los restos quemados de niños pequeños, algunos de hasta doce años, pero la inmensa mayoría menores de dos años, y también de pájaros y animales pequeños, como sustitutos. El lugar, que está sólo a unos 50 metros del puerto rectangular, pervivió durante toda la existencia de la ciudad, y tiene tres o cuatro estratos. De ellos, el inferior, que reposa sobre la roca viva, por debajo del actual nivel del mar, pertenece al siglo VIII y principios del VII, y tiene urnas de los tipos primitivos, bruñidas, de color rojo, con decoración lineal en negro. Las urnas contenían huesos infantiles quemados, y habían sido colocadas una a una sobre la roca, y cubiertas por pequeños túmulos de piedras».

También tenemos información sobre las prácticas sacrificiales. Se sacrificaban muchas cosas: alimentos y bebidas, pájaros y animales y hasta personas humanas. En dos inscripciones del recinto de Tanit se hace mención expresa de los sacrificios infantiles. La descripción de Diodoro Siculo (XX, 14, 6) de la estatua de bronce en cuyas manos eran colocadas las víctimas de modo que pudieran caer en las llamas, mientras los padres acariciaban a los niños para que no gritasen, es sobradamente conocida. Querríamos pensar que hubo un momento en que los sacrificios infantiles se fueron haciendo cada vez más raros, siendo sustituidos por los de pájaros y animales pequeños.

Todo lo que por hoy se puede decir es que los huesos de aves y de animales pequeños aparecen en las urnas junto con un gran predominio de huesos de niños».

«Bajo la influencia de un clima ardiente y de una religión que reducía el problema del universo al de la fecundidad, sus solemnidades eran las fiestas lascivas de Astarté o los gritos de dolor con que resonaban sus templos, cuando Moloch, **el rey horrible,** exigía que se le sacrificaran los hijos de las más nobles familias», dice Duruy (6).

César Cantú (7), manifiesta que la mayor parte de los pueblos han inmolado víctimas humanas. Fenicios, Egipcios, Arabes, Cananeos, habitantes de Tiro y de Cartago, Persas, Atenienses, Lacedemonios, Jónicos, todos los griegos del continente y de las islas, Romanos, antiguos Bretones, Hispanos, Galos; todos han estado igualmente sumergidos en esta horrible preocupación. Para conseguir el favor de los dioses, el rey Moab ofreció a su hijo en holocausto sobre los muros de su capital, sitiada por los Israelitas, causando esta acción tal horror en los sitiadores, que al momento se alejaron.

No puede menos de sentirse un estremecimiento de horror al leer en los autores, tanto antiguos como modernos, la descripción de los sacrificios humanos, usados desde los tiempos más remotos en toda la gentilidad, y practicados hasta hace poco en la India y en Africa.

Ignórase quién fue el primero que aconsejó tan atroz barbarie; pero haya sido Saturno, o Licaon, como parece indicar Pausanias, es lo cierto que esta costumbre echó profundas y

robustas raíces. La inmolación de las víctimas humanas era una de las abominaciones que Moisés reprendió a los Amorreos; los Moabitas sacrificaban niños al dios Moloch, cuya cruel costumbre prevaleció entre los Tirios y Fenicios, y los mismos Hebreos la habían tomado de sus vecinos.

De Fenicia pasó a Grecia, de donde la llevaron a Italia los Pelasgos. Plinio afirma que el uso de inmolar víctimas humanas duró hasta el año 95 de Jesucristo, y fue abolido por un senado-consulto del año 657 de Roma; hay pruebas de que se usó aún en los sacrificios de algunas divinidades, entre las que se cuenta Belona.

Los repetidos edictos de varios emperadores no bastaron para refrenar esta funesta superstición. Plinio asegura haber visto algunos ejemplos de sacrificios humanos, prescritos a consecuencia de los versos sibilinos. Los testimonios de César, Plinio, Tácito y otros, no dejan duda de que los Germanos y Galos inmolaron víctimas humanas, no sólo en los sacrificios públicos, sino también en los que se ofrecían para la curación de los particulares. Uno de los dogmas establecidos por los Druidas era la necesidad de estos sacrificios, fundada sobre el principio de que los dioses no pueden satisfacerse más que por medio de un cambio, y que el solo precio suficiente para rescatar a un hombre, es la vida de otro hombre.

En los sacrificios públicos, a falta de delincuentes se inmolaban personas inocentes y en los privados se degollaban a menudo personas que voluntariamente se consagraban a esta especie de muerte.

Entre los Griegos, aunque más raramente que en otros países, se hallan sacrificios de víctimas humanas. La fábula de Licaón de Arcadia, convertido en lobo porque había ofrecido a Júpiter uno de estos odiosos sacrificios, atestigua el horror que este uso terrible infundía en los ánimos de los antiguos. Los ejemplos que de ello pudiéramos referir pertenecen tan sólo a los siglos más remotos. Baco tuvo en Arcadia un altar en donde se sacrificaban niñas matándolas a palos; del mismo modo se mataban en Lacedemonia niños sobre el altar de Diana Ostia.

Por último diremos que el excavador de La Albufereta y Tosal de Alicante, D. José Lafuente Vidal (8) a este respecto cita el pasaje de Diodoro Sículo en el que dice: «Suplicaban

(los cartagineses) también a Kronos (Moloch), que se les había vuelto enemigo por cuanto en los tiempos anteriores sacrificaban a este dios a los mejores de sus hijos, y después, comprando a escondidas niños y gritando tumultuosamente (como si fuesen suyos) **los mandaban al sacrificio** y habiendo hecho averiguaciones, se encontraron que algunos de los que se habían sacrificado se había hecho con sustituidos».

Supone este autor que en la necrópolis cartaginesa de Alicante hubo sacrificios de niños, a los que corresponderían unas hogueras estrechas que encontró en las excavaciones de la Albufereta y que serían la sima de fuego adonde fueran arrojados los niños, y que si hicieron tales sacrificios en esta forma, no debieron limitarse a los niños, sino extenderlos a mujeres y soldados prisioneros.

Expuestos estos antecedentes y las particularidades que concurren en los enterramientos infantiles hallados en el interior de las casas de La Alcudia de Elche, suponemos que la costumbre de los sacrificios infantiles en este poblado ilicitano debió sufrir algunas variaciones con respecto a las normas cartaginesas. Posiblemente una vez sacrificado el niño, se celebraban las ceremonias correspondientes y tras de colocarlo en una vasija, era devuelto a sus padres con la categoría de dios lar, protector de la familia y de la ciudad.

Notas:

(1) E. O. James.—Historia de las Religiones T.º-1.º pág. 73

(2) M. Tarradell.—Enterramientos infantiles en el interior de habitaciones ibéricas.—Pyrenae, 1, pág. 174

(3) Giuseppe Ricciotti.—Historia de Israel, pág. 97

(4) Zenaida A. Ragozin.—Historia de Asiria, pág. 110

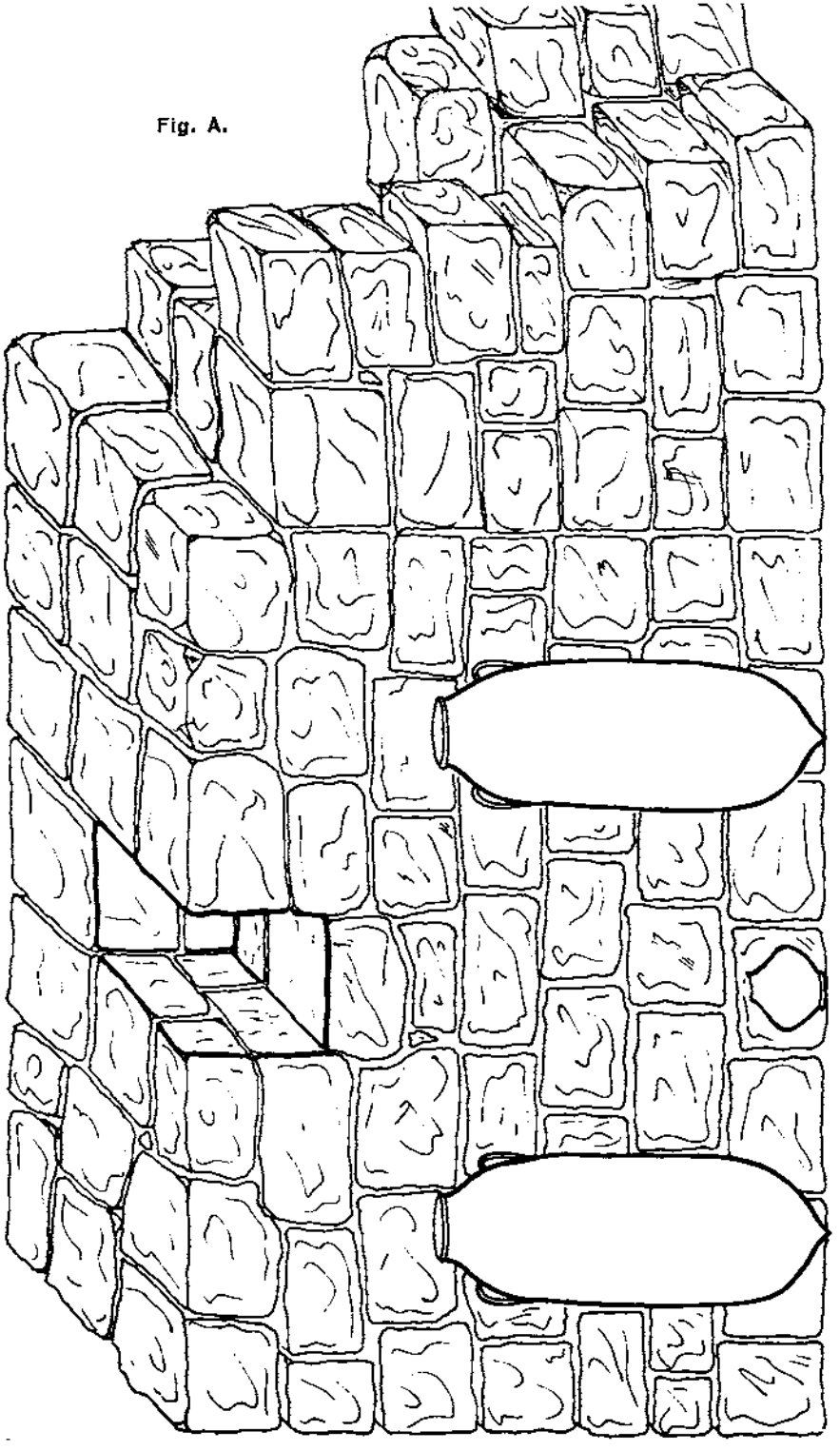
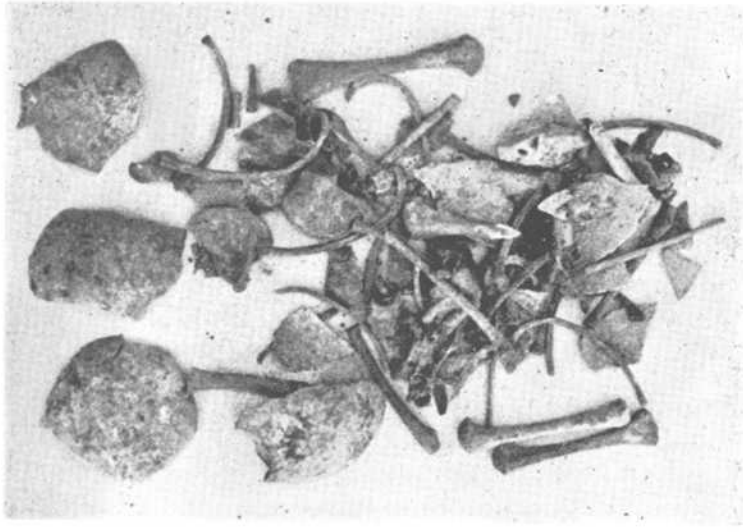
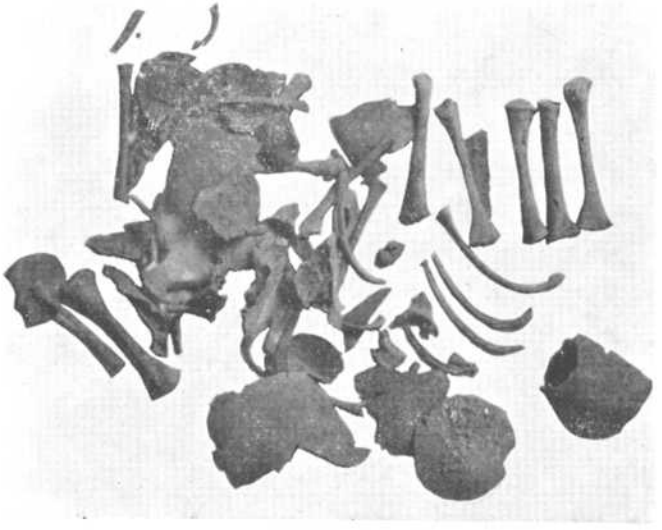
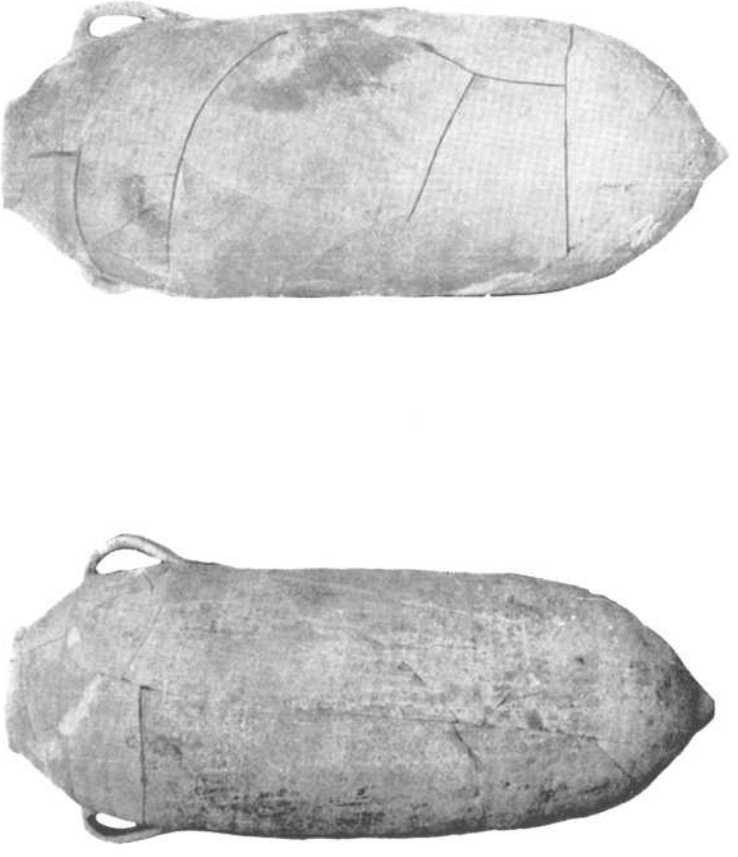
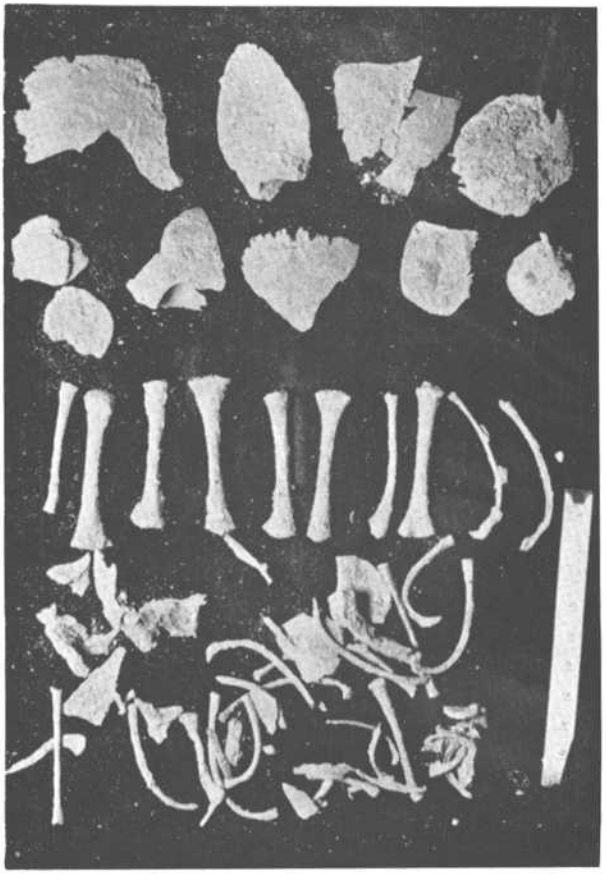
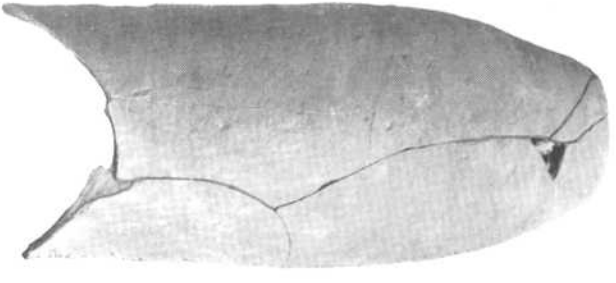
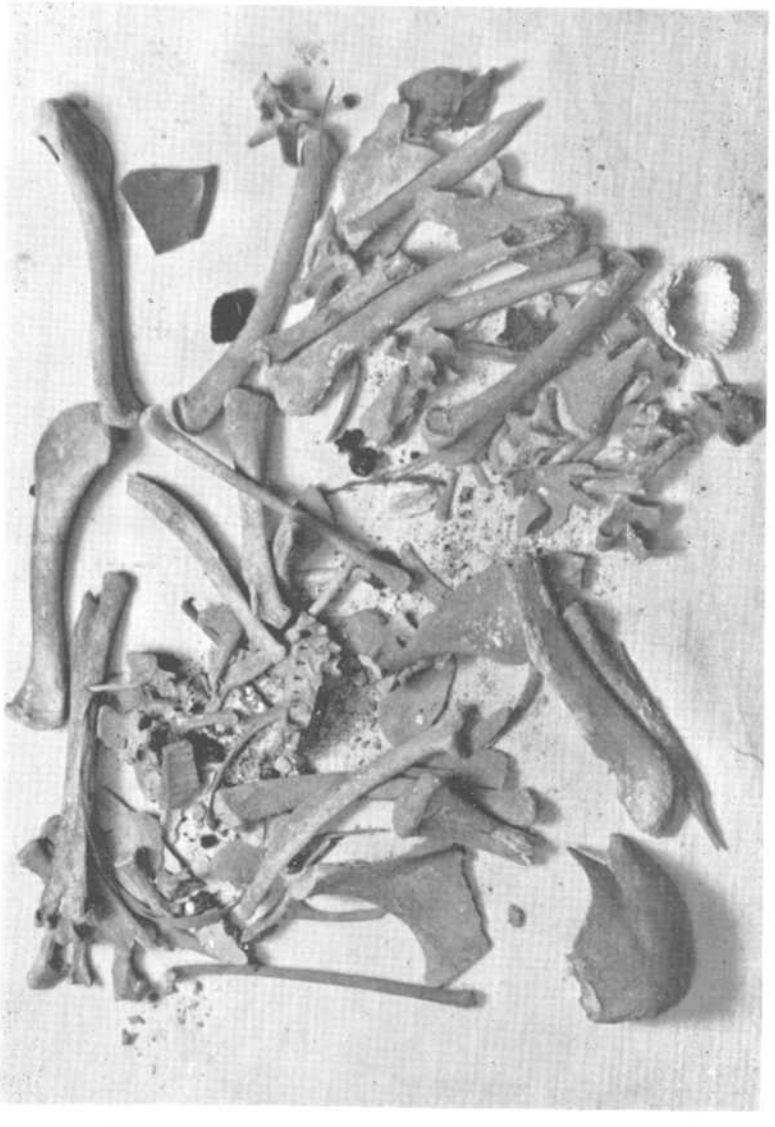
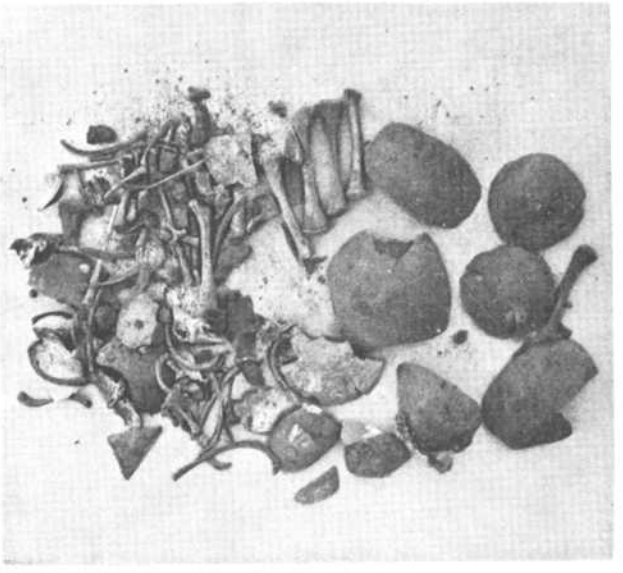
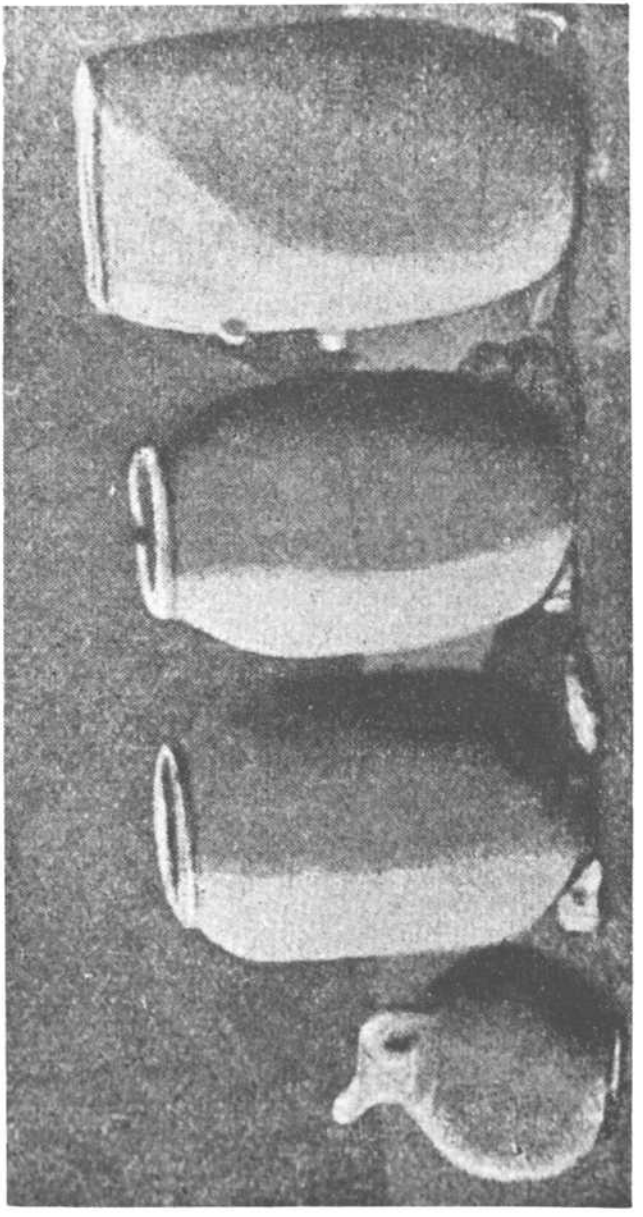
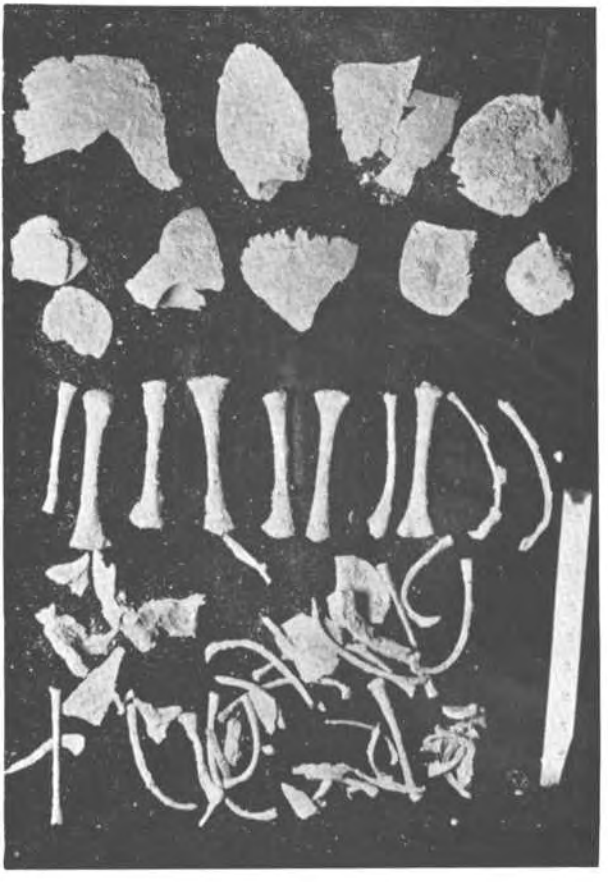
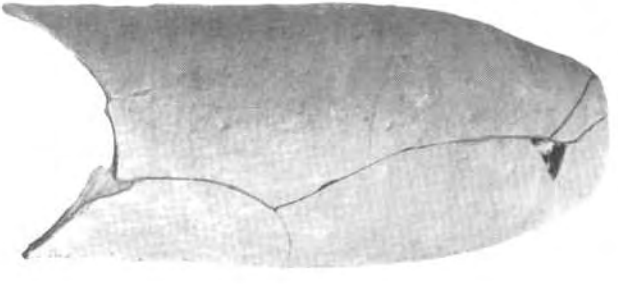
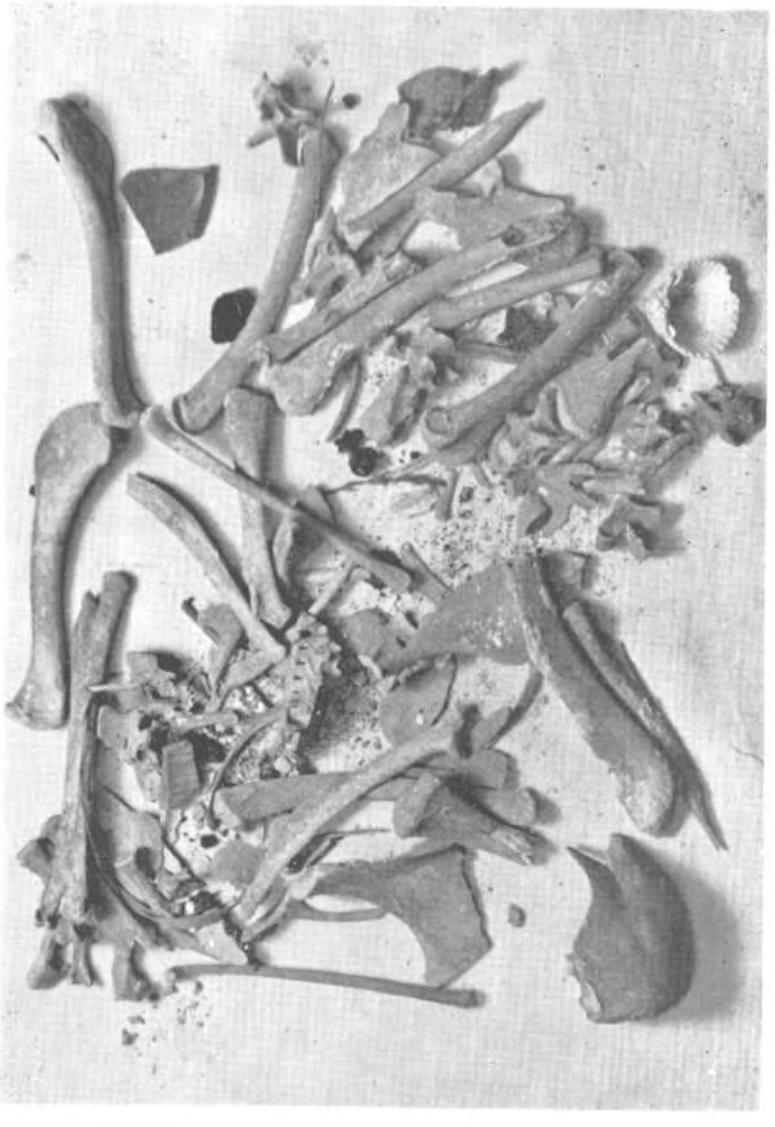
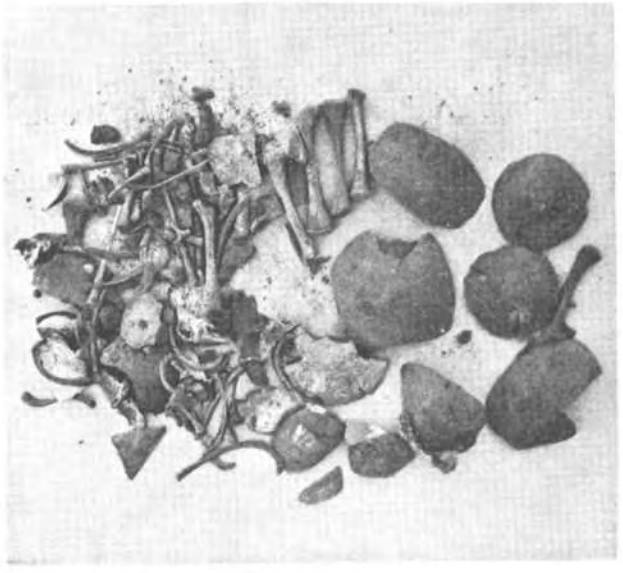
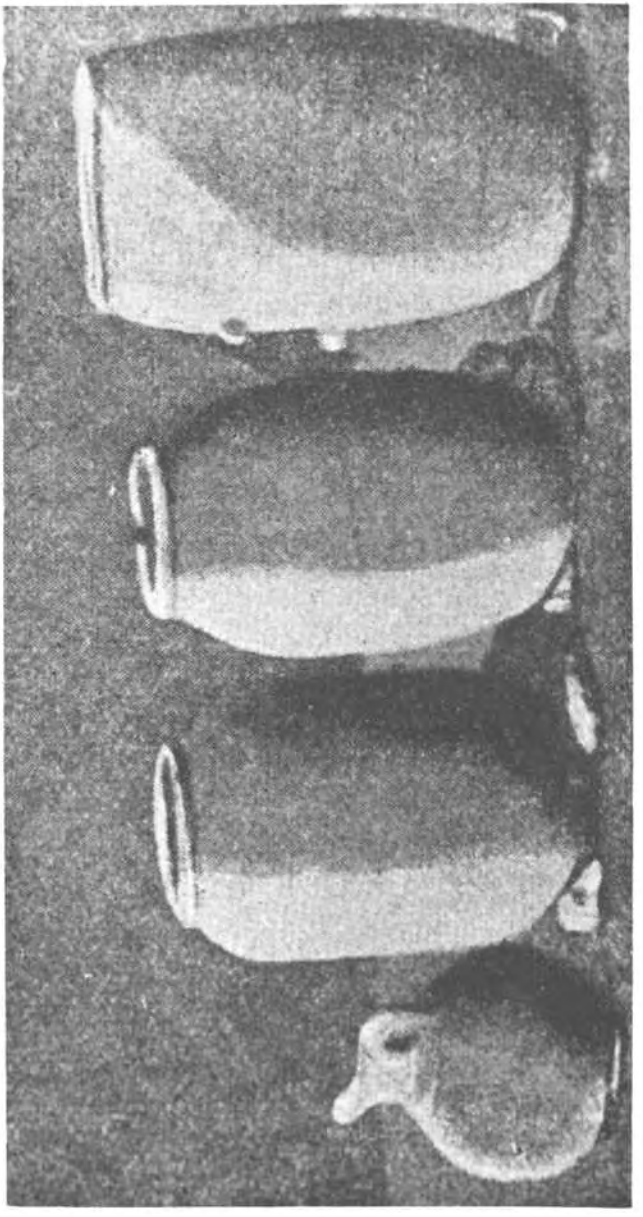
(5) Donald Harden.—Los Fenicios, pág. 115

(6) Víctor Duruy.—Historia de los Romanos.—Tomo I pág. 162

(7) César Cantú.—Historia Universal, 7 8 pág. 692

(8) José Lafuente Vidal.—Influencia de los cultos religiosos cartagineses en los motivos artísticos de los iberos del SE español. Arch. Preh. Levantina, III pág. 162.— Y Mem. Excav. de la Albufereta de Alicante, n.º graf. 126 p-21.

Fig. A.



1